

A woman in a red dress is shown from the waist down, holding a dark wooden handrail. The background is softly blurred, showing a white lattice railing. The overall mood is elegant and sophisticated.

 **Riley**
Sager Cierra todas
las puertas

DESTINO

Cierra todas
las puertas
Riley Sager

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1533

Título original: *Lock Every Door*

© Riley Sager, 2019

© por la traducción del inglés, Yara Trevethan Gaxiola, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Planeta México, S.A.

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-233-5941-7

Depósito legal: B. 5.197-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

El ascensor parece una jaula de pájaros, con su techo alto y ornamentado, y sus finos barrotes dorados en el exterior. Incluso pienso en aves cuando entro en él. Exóticas, radiantes y exuberantes.

Todo lo que yo no soy.

Sin embargo, la mujer que se encuentra junto a mí sí que está a la altura de las circunstancias, con su traje Chanel azul, el cabello rubio recogido y unas manos que, con su manicura impecable, aguantan el peso de varios anillos. Podría tener alrededor de cincuenta años, quizá más. El bótox le estira el rostro y lo hace resplandecer. Su voz es clara y burbujeante como el champán. Incluso su nombre es elegante: Leslie Evelyn.

Como, técnicamente, esto es una entrevista de trabajo, yo también llevo traje. Negro. No es Chanel. Mis zapatos son de una tienda de saldos. La melena castaña me cae desigual sobre los hombros. En otro momento, habría ido a la peluquería para que me lo igualaran, pero ahora mismo hasta eso está fuera de mi presupuesto.

Asiento con fingido interés cuando Leslie Evelyn dice:

—El ascensor es el original, por supuesto. Al igual que la escalera principal. El vestíbulo no ha cambiado mucho desde que se abrió este sitio en 1919. Eso es lo mejor de estos edificios antiguos: se construyeron para durar.

Y parece ser que también para forzar a las personas a invadir el espacio privado de los demás. Leslie y yo estamos de pie, pegadas, en el sorprendentemente pequeño ascensor. Pero lo que le falta de tamaño lo compensa en estilo. El suelo

está cubierto por una alfombra roja, y el techo, chapado en oro. En tres de sus costados se alzan paneles de roble que, a la altura de la cintura, continúan en una serie de estrechas ventanas.

El ascensor cuenta con dos puertas: una de finas barras corredizas que se cierra sola y una cancela entrecruzada, que Leslie empuja a su lugar antes de presionar el botón del último piso. Ascendemos con un movimiento lento pero seguro por uno de los edificios más ilustres de Manhattan.

Si hubiera sabido que la vivienda estaba en este inmueble, jamás habría respondido al anuncio. Lo habría considerado una pérdida de tiempo. No soy una Leslie Evelyn que lleva un maletín de color caramelo y a la que se la ve muy cómoda en un lugar así. Soy Jules Larsen, el producto de un pueblo minero de Pensilvania, con menos de quinientos dólares en la cuenta corriente.

No encajo aquí.

El anuncio no mencionaba la dirección; solo decía que necesitaban a alguien que cuidara una vivienda, y proporcionaba un número de teléfono para llamar en caso de estar interesado. Yo lo estaba. Llamé. Leslie Evelyn respondió y me propuso la hora y el lugar de la entrevista. La parte baja del Upper West Side. Sin embargo, en realidad no sabía en lo que me estaba metiendo hasta que estuve frente al edificio y confirmé por tercera vez la dirección para asegurarme de que era el sitio correcto.

El Bartholomew.

Está justo detrás del Dakota y de las torres gemelas del San Remo, y es uno de los edificios residenciales más reconocibles de Manhattan. En parte, por lo angosto que es. Comparado con otros inmuebles neoyorquinos legendarios, el Bartholomew es poca cosa: una fina rebanada de piedra de trece pisos sobre la avenida Oeste de Central Park. En un vecindario de mastodontes, el Bartholomew destaca por ser justo lo contrario: pequeño, refinado, memorable.

No obstante, la razón principal por la que este edificio se considera famoso es por sus gárgolas, las clásicas con alas

de murciélago y cuernos de demonio. Esas bestias de piedra están por todas partes: desde un par posado sobre el arco de la puerta principal hasta unas agazapadas por las esquinas del tejado inclinado. Otras tantas pueblan la fachada del edificio; forman hileras cortas cada dos pisos. Reposan sobre aleros de mármol, con los brazos levantados hacia las cornisas de arriba, como si ellas solas mantuvieran en pie el Bartholomew. Hacen que el edificio tenga aspecto de catedral gótica, lo que ha inspirado un apodo igualmente religioso: San Bart.

Con el paso de los años, el Bartholomew y sus gárgolas han engalanado miles de fotografías. Los he visto en postales, anuncios y como fondo de publicidad de moda. Han aparecido en películas y en la televisión, así como en la portada de un *bestseller* que se publicó en los años ochenta, *Corazón de una soñadora*, gracias al cual supe de su existencia por primera vez. Jane tenía un ejemplar y con frecuencia me lo leía en voz alta mientras yo me recostaba en su cama.

El libro narra la fantástica historia de una huérfana de veinte años llamada Ginny, quien, por azares del destino y gracias a la benevolencia de una abuela a la que nunca llegó a conocer, termina viviendo en el Bartholomew. Ginny recorre su nuevo y lujoso vecindario enfundada en una serie de vestidos de noche cada vez más elaborados, al tiempo que hace malabares con varios pretendientes. Por supuesto, es una historia banal pero maravillosa, de esas que hacen que una joven sueñe con encontrar el amor en las bulliciosas calles de Manhattan.

Mientras Jane leía, yo contemplaba la cubierta del libro que mostraba el edificio desde la acera de enfrente. No había construcciones así donde nosotras crecimos, solo hileras de casas y escaparates de tiendas con ventanas ennegrecidas, de una tristeza interrumpida únicamente por alguna escuela o iglesia. Aunque no habíamos estado nunca en Manhattan, nos intrigaba mucho la idea de vivir en un lugar como el Bartholomew, que estaba a un mundo de distancia de la pulcra casa de dos pisos en la que vivíamos con nuestros padres.

—Algún día —decía Jane con frecuencia, entre un capítulo y otro—. Algún día viviré ahí.

—Y yo iré a visitarte —añadía yo.

Jane me acariciaba el cabello.

—¿Visitarme? Vivirás allí conmigo, pequeña Julie.

Desde luego, ninguna de esas fantasías infantiles se hizo realidad. Nunca se hacen realidad. Quizá sí para las Leslie Evelyn del mundo, pero no para Jane y, por supuesto, no para mí. Este recorrido en el ascensor es lo más cerca que llegaré de ese sueño.

La estructura del ascensor está inserta en el hueco de la escalera de caracol que se levanta en el centro del edificio. Puedo ver que ascendemos a través de sus ventanas. De un piso a otro hay diez escalones, un descansillo y luego diez escalones más.

En uno de los descansillos, veo que un anciano baja con dificultad los escalones; lo ayuda una mujer con aspecto cansado que lleva un uniforme morado de enfermera. Ella espera paciente y toma al hombre por el brazo, mientras él se detiene para recuperar el aliento. Aunque fingen no prestar atención cuando pasa el ascensor, sorprendo sus rápidas miradas justo antes de que el siguiente piso me bloquee la vista.

—El área residencial abarca once pisos, a partir del segundo —comenta Leslie—. En la planta baja están las oficinas del personal y la zona reservada a los empleados, además del área de mantenimiento. Los trasteros están en el sótano. Hay cuatro viviendas en cada piso: dos al frente y dos en la parte de atrás.

Pasamos otro piso; el movimiento del ascensor es lento pero constante. En este nivel, una mujer de cerca de la edad de Leslie espera al ascensor. Lleva unos *leggings*, botas UGG y un grueso suéter blanco; pasea a un perro increíblemente diminuto con una correa salpicada de incrustaciones. Saluda a Leslie con un amable gesto de la mano, mientras me observa a través de sus enormes gafas de sol. En ese breve momento en el que estamos cara a cara, reconozco a la mujer. Es una actriz. Al menos lo fue. Ya han pasado diez años desde la

última vez que apareció en una telenovela que vi con mi madre en unas vacaciones de verano.

—¿Ella es...?

Leslie levanta la mano para interrumpirme.

—Nunca hablamos de los inquilinos. Es una de las reglas tácitas de este lugar. El Bartholomew se enorgullece de su discreción. Las personas que viven aquí quieren sentirse cómodas entre sus paredes.

—Pero ¿aquí vive gente famosa?

—En realidad, no —explica Leslie—. Lo cual nos conviene. Lo último que deseamos es tener una multitud de *paparazzi* en la entrada. O, Dios no lo quiera, que pasara algo tan horrible como lo que sucedió en el Dakota. Nuestros residentes suelen ser discretamente adinerados. Valoran su privacidad. Muchos de ellos utilizan empresas ficticias para adquirir sus residencias y que la transacción no sea del dominio público.

El ascensor se detiene con una sacudida al final de las escaleras.

—Aquí es. Planta doce —dice Leslie.

Abre la rejilla y sale; sus tacones golpean las baldosas de color blanco y negro.

Las paredes del pasillo son de color bermellón, con apliques colocados a intervalos regulares. Pasamos dos puertas sin marcas distintivas y llegamos al final del pasillo, frente a una ancha pared con dos puertas más. A diferencia de las otras, estas sí están marcadas: 12A y 12B.

—Pensaba que había cuatro viviendas por planta —comento.

—Así es —responde Leslie—. Salvo en esta. La planta doce es especial.

Me doy la vuelta para ver las puertas sin marcas que hemos dejado detrás.

—Entonces ¿eso qué es?

—Zonas de trasteros. El acceso al tejado. Nada emocionante. — Mete la mano en su maletín y saca un juego de llaves que utiliza para abrir la 12A—. Aquí es donde está lo verdaderamente divertido.

La puerta se abre y Leslie se hace a un lado para mostrar un pequeño recibidor adornado con buen gusto. Hay un perchero, un espejo con el marco bañado en oro y una mesa, sobre la cual hay una lámpara, un jarrón y una bandejita para las llaves. Mi mirada recorre el recibidor, luego la vivienda en general y llega a una ventana que está justo frente a la puerta. Fuera descubro uno de los paisajes más impresionantes que he visto jamás. Central Park. Finales del otoño. El sol ámbar cae oblicuo entre el follaje naranja y dorado. Todo eso a vista de pájaro, a cuarenta y cinco metros de altura.

La ventana que brinda este paisaje se extiende desde el suelo hasta el techo en una elegante sala al otro lado del pasillo. Atravieso el recibidor con paso inseguro por el vértigo y me dirijo a la ventana; me detengo cuando mi nariz está a dos centímetros del vidrio. Justo enfrente está el lago de Central Park y la elegante arcada del puente Bow. Más allá, a cierta distancia, se ven fragmentos de la terraza Bethesda y del restaurante Loeb Boathouse. A la derecha se encuentra Sheep Meadow, la «pradera de las ovejas», cuya verde extensión está moteada con la silueta de personas que disfrutaban del sol otoñal. El castillo Belvedere se sitúa a la izquierda, con la piedra gris del majestuoso Museo Metropolitano de Arte como telón de fondo.

Asimilo el paisaje, casi sin aliento.

Lo había visto antes en mi imaginación, cuando leía *Corazón de una soñadora*. Este es el paisaje exacto que veía Ginny desde su casa en el libro. Meadow al sur, Belvedere al norte, el puente Bow justo en medio: el centro de sus sueños más increíbles.

Durante un segundo esta es mi realidad. A pesar de toda la mierda que he tenido que vivir. Quizá incluso debido a ella. De algún modo, parece que el destino me ha traído aquí, aunque me vuelva a agobiar el mismo pensamiento: «No encajo aquí».

—Lo siento —digo mientras me alejo de la ventana—. Creo que ha habido un enorme malentendido.

Leslie Evelyn y yo hemos podido confundirnos en varios

detalles. Quizá el anuncio en Craigslist tenía el número de teléfono equivocado, o quizá yo cometí un error al marcar. Cuando Leslie contestó, la llamada fue tan breve que la confusión fue inevitable. Yo pensé que ella buscaba a alguien que cuidara una vivienda; ella pensó que yo buscaba una vivienda. Y ahora, aquí estamos: Leslie inclina la cabeza y me lanza una mirada confundida; yo estoy asombrada por el paisaje que, seamos sinceros, alguien como yo no estaba destinado a ver.

—¿No te gusta el piso? —pregunta Leslie.

—Me encanta. —Me permito echar una rápida mirada por la ventana. No puedo evitarlo—. Pero no busco un piso. Quiero decir, sí; pero podría ahorrar hasta el último centavo, hasta cumplir los cien años, y aun así no podría pagar este lugar.

—Esta vivienda aún no está disponible —dice Leslie—. Tan solo necesitamos que alguien la ocupe los próximos tres meses.

—No es posible que alguien esté dispuesto a pagarme por vivir aquí. Aunque sea durante tres meses.

—Te equivocas. Eso es exactamente lo que queremos.

Leslie señala un sofá en el centro de la sala. Tapizado en terciopelo carmesí, parece más caro que mi primer coche. Tomo asiento indecisa, temerosa de arruinar el mueble con algún movimiento descuidado. Leslie se sienta frente a mí, en una silla a juego con el sofá. Entre nosotras hay una mesa baja de caoba sobre la que descansa una orquídea de pétalos blancos e inmaculados.

Ahora que ya no me distrae el paisaje, veo que toda la sala está decorada en tonos rojos y madera. Es cómoda, aunque un poco recargada. Se oye el tictac de un antiguo reloj de péndulo proveniente de un rincón. Las ventanas están cubiertas con cortinas de terciopelo y contraventanas de madera. Hay un telescopio de latón sobre un trípode de madera; no está dirigido al cielo, sino a Central Park.

El papel pintado tiene un patrón floral rojo, una extensión ornamentada de pétalos que se abren como abanicos y se entrelazan en elaboradas combinaciones. En el techo, las mol-

duras de las cornisas hacen juego; los estucados se despliegan con florituras en los rincones.

—Esta es la situación —explica Leslie—. Otra regla del Bartholomew es que ninguna vivienda puede permanecer vacía durante más de un mes. Es una vieja norma y algunos dirían que muy extraña. Pero quienes vivimos aquí estamos de acuerdo en que un edificio ocupado es un edificio feliz. Algunos de los inmuebles de alrededor están medio vacíos la mayor parte del tiempo. Claro, la gente puede ser dueña de los apartamentos, pero casi no vive en ellos. Y eso se nota. Entra en cualquiera y sentirás que estás en un museo. O peor, en una iglesia. Por otro lado, también hay que pensar en la seguridad. Si se llega a saber que una residencia del Bartholomew está vacía durante unos meses, cualquiera podría entrar a robar.

De ahí la razón de ese sencillo anuncio perdido entre todos los que solicitaban servicios. Me preguntaba por qué era tan impreciso.

—¿Así que buscan a alguien que lo cuide?

—Buscamos un inquilino —confirma Leslie—. A una persona que le insuffle vida al edificio. Este lugar, por ejemplo. La propietaria murió hace poco; era viuda. No tuvo hijos, solo algunas sobrinas y sobrinos codiciosos en Londres, que actualmente andan peleándose para saber quién se quedará con el lugar. Hasta que esa situación se resuelva, la vivienda estará desocupada. Como solo hay dos en esta planta, imagina lo vacía que parecería.

—¿Por qué las sobrinas y los sobrinos no la ponen en alquiler?

—No está permitido. Por las mismas razones que he mencionado antes. Puedes alquilar el lugar y después sabe Dios qué harán con él.

Asiento, al comprenderlo todo de repente.

—Y al pagarle a alguien para que se quede aquí, se aseguran de que no sucederá nada en la vivienda.

—Exactamente —admite Leslie—. Considéralo una póliza de seguro. Muy bien pagada, por cierto. En el caso del

12A, la familia de la dueña fallecida ofrece cuatro mil dólares al mes.

Mis manos, que hasta entonces había mantenido sobre el regazo, se desploman a los costados. Cuatro mil al mes. Por vivir aquí.

La cantidad que me van a pagar es tan asombrosa que siento como si el sofá carmesí desapareciera debajo de mí y me dejara flotando a unos centímetros del suelo.

Trato de ordenar mis pensamientos; me cuesta trabajo incluso hacer un cálculo sencillo. Son doce mil dólares por tres meses. Más que suficiente para sacarme del apuro mientras recompongo mi vida.

—Supongo que estás interesada —dice Leslie.

«De vez en cuando, la vida te ofrece un botón de reinicio. Cuando lo hace, tienes que apretarlo con todas tus fuerzas», me dijo Jane una vez, en los días en que me leía en la cama, cuando yo era demasiado joven como para entender el significado de esa frase.

Ahora lo sé.

—Sí, estoy muy interesada —respondo.

Leslie sonrío, sus dientes brillan detrás de sus labios rosa melocotón.

—Bien, pues comencemos con la entrevista, ¿te parece?